

Homilía en los 50 años del Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales, Universidad de Los Andes

Homily for the 50 years of the Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales, Universidad de Los Andes

Monseñor Porras Cardozo Baltazar Enrique*

Nos congrega en esta mañana cuaresmal el cincuentenario de la creación del Instituto de Geografía de la Universidad de los Andes. Nada mejor que comenzar esta jornada con una oración de acción de gracias al Altísimo por existir. El antiguo pueblo judío dejó plasmado en los libros del Antiguo Testamento el precepto siguiente: después de cada siete semanas de años, -siete por siete, cuarenta y nueve-, se debe celebrar un jubileo. La razón primera, agradecer el camino recorrido. En segundo lugar, evaluar y redimir. Es decir, corregir errores, sanar heridas para tomar nuevo aliento en la continuación del camino de la vida.

Cincuenta años en la vida de una institución son pocos. Las instituciones están llamadas a la continuidad y consolidación de los objetivos que le dieron razón de ser. Numerosas esferas del conocimiento estaban ausentes de nuestras universidades todavía a mediados del siglo pasado. La geografía era una de ellas. Por eso, nuestra mirada se dirige en estos

momentos a aquellos hombres que concretaron el nacimiento del Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales. Al Rector perenne, Pedro Rincón Gutiérrez, abierto a todo lo nuevo y útil. A sus pinceladas de maestro de primera, se debe el rostro actual de nuestra Alma Mater merideña. Una oración por su eterno descanso.

Qué bueno que está entre nosotros, uno de los pioneros, el Dr. Antonio Luis Cárdenas. Promotor y fautor de los inicios del Instituto; sus conocimientos y aportes a la geografía y a la educación en todas sus ramas, se pierden de vista. Su presencia es un acicate para la entrega permanente en la búsqueda de nuevos y mejores derroteros para el bien de la juventud venezolana. A él dedicamos el salmo de este día: *“al que sigue buen camino, le haré ver la salvación de Dios”*.

En el marco de esta celebración, permítanme esta disgresión. Si algún libro se presta para la oración desde la geografía es la Biblia. La descripción de los lugares

* Arzobispo Metropolitano de Mérida

en los que sucedieron los acontecimientos del Antiguo y el Nuevo Testamento tienen a Palestina como centro. Si se exceptúan los libros sapienciales, no existe ningún libro de la Biblia que no mencione con mayor o menor extensión, la geografía y topografía de los santos lugares. Los detalles geográficos se hacen más abundantes después de los destierros que es cuando se plasman la mayor parte de los escritos bíblicos.

La lista etnográfica que se da en el capítulo X del Génesis es la contribución más importante a la antigua geografía del medio oriente. El tránsito del pueblo elegido de Egipto hasta las orillas del Jordán, narra con lujo de detalles el entorno de la Península sinaítica y las inmediaciones del mar Muerto. Los evangelios describen muchos lugares de Judea, Galilea y de la configuración de la ciudad santa por excelencia, Jerusalén. Y el Libro de los Hechos de los Apóstoles nos abre al conocimiento del Mediterráneo oriental.

Pero donde el entorno se hace plegaria y poesía es en los salmos. La fatigosa subida a Jerusalén del peregrino sediento, la majestuosidad de las puertas de la ciudad y la contemplación radiante del templo, centro de todos los afanes, hace exclamar al salmista: *“Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el mundo y todos sus habitantes, porque él la fundó sobre los mares, él la asentó sobre los ríos ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El de manos inocentes y corazón puro, que no suspira por los ídolos ni jura en falso”* (Salmo 24, 1-4).

El ser humano sin espacio y sin tiempo se desubica, se vuelve autista, pierde el rumbo y vive a la deriva. Más aún, el hombre postmoderno, en una sociedad de cambios acelerados y vertiginosos, de avances prodigiosos gracias a la ciencia y las tecnologías, genera una nueva, distinta percepción del espacio. No existen antípodas porque todo es cercano, a la mano. Pero tiene la tentación de destruir el hábitat, pensando que tiene recursos para superar cualquier deficiencia. El globo terráqueo resulta insuficiente para las ansias de conocimiento y dominio; cada día son menos los secretos que tiene el mundo sideral. Todo ello constituye un reto para las ciencias y también para la geografía.

Se me antoja que no se debe cultivar la disciplina geográfica exclusivamente como una ciencia humana, hay que asumirla como un camino de espiritualidad. Necesitamos preservar y construir espacios para el disfrute de la vida, para consolidar la amistad, para la distensión que ensancha el corazón, para que las futuras generaciones tengan vergeles y no eriales. Era, quizá, la intuición de los pioneros cuando hablaban del ambiente y los recursos renovables. Renovar la calidad de vida es tarea ineludible para que la violencia no nos coma y el odio no corroa lo mejor que tenemos los humanos, la capacidad de esperanza que sólo la logra el amor y los afectos.

A eso nos invita esta celebración jubilar y esta Eucaristía en particular. Una oración por los que nos dejaron. Son piedras angulares en la construcción del

edificio del Instituto de Geografía. Musitemos en el murmullo del corazón un canto de alabanza y esperanza para que quienes están actualmente al frente del Instituto, a todo el personal que allí labora, a los estudiantes que cursan diversos niveles, sean personas con una visión integral del bien, de la belleza del pluriforme entorno en el que vivimos para que seamos constructores de una sociedad de paz y concordia. Que María Santísima Inmaculada, Patrona de Mérida, nos guíe a todos en estos propósitos. Amén.

Catedral de Mérida, 10 de marzo de 2009